

BRANDON Q. MORRIS

A person in a dark, futuristic suit stands in the center of a dark, flat landscape, looking towards a large, mushroom-shaped rock formation. The sky is a deep, vibrant red, creating a stark contrast with the dark foreground and the silhouette of the rock formation.

EL PLANETA NEGRO
ANFITRITE 3
HARD SCIENCE FICTION

La gran final de la trilogía de *Anfitrite*.

Dos proscritos van en pos de una astronauta que parece haber resucitado de entre los muertos, mientras que un grupo de mercenarios tiene el encargo de llevarse consigo a la Tierra, cueste lo que cueste, el secreto de este intruso en el Sistema Solar.

Para ambos grupos, Anfitrite -el Planeta Negro- se convierte en el escenario de sus batallas. Pero no hay otro lugar en el universo conocido, donde la vida y la muerte vayan tan estrechamente ligadas como en este extraño mundo, que interviene finalmente en la historia con su propio estilo. La humanidad debería mantenerse bien alejada, pues Anfitrite no es un cuerpo celeste normal: es el Planeta Negro.

8 de enero de 2079, la Holandés Errante

–¿Estamos todos? –pregunta Kofi.

–Creo que sí –responde Vera–, así que no nos sigas teniendo en ascuas, Nkrumah.

Denise le da un pequeño codazo a Meltem. «¿Qué es lo que pretende?», le pregunta en silencio.

Meltem se encoge de hombros. Vera ha invitado a toda la tripulación a una presentación. Solo les ha dicho que el químico quiere mostrarles algo extraordinario. Parece que ni siquiera la capitana sabe de qué va el asunto.

–¿Está cerrada la puerta exterior? –pregunta Kofi.

–Cerrada –confirma Denise.

Ha sido la última en entrar. Hay demasiada gente y eso la pone nerviosa. Incluso en el techo hay gente apiñada.

–Échate un poco para atrás, Frank –pide Nkrumah.

La estrechez del espacio genera cierto agobio que afecta tanto a Meltem como a Denise; de hecho, esta se siente muy tensa e intenta respirar hondo. ¡Que Nkrumah se dé prisa, por favor!

Los que están delante de ellas se van situando mientras susurran entre sí. La mayoría va en chándal, solo Frank y Maurice visten de uniforme. Seguramente están de servicio. El anuncio debe ser importante ya que Vera también los ha convocado y no suele dejar la central sin vigilancia.

Denise flota hasta la siguiente estancia. Allí no se encuentra tan apretujada. Pero se da cuenta porque los de-

más se distribuyen mejor. Y es que, en ese sitio, que es como una sala grande, reina una oscuridad total.

–Creo que estamos en el garaje –susurra Meltem a su derecha.

Denise no puede verla, pero nota una mano cálida, que la coge del brazo, y le parece vislumbrar el contorno de Meltem en la oscuridad.

–Atención, voy a encender la luz –dice Kofi.

Denise cierra los ojos instintivamente, pero la habitación no se inunda de claridad. Solo el haz de una linterna corta la oscuridad. ¡Vaya, llevaba todo el tiempo mirando al techo! Así que se gira. El químico apunta la linterna hacia un recipiente de cristal en el que hay una montañita de algo negro. Por su forma cónica, imagina que se trata de un polvo muy fino, aunque enseguida comprende que eso es una tontería. Ese aspecto no tiene sentido en un estado de ingravidez, así que concluye que Nkrumah ha debido darle esa forma.

La luz de la linterna parece poner el montículo en movimiento. Es como si esa arenilla negra comenzara a hervir. Se oye crepitar algo. ¿De dónde sale ese ruido? Denise se acerca un poco más, hasta que se da cuenta de que entre ella y la montañita hay un cristal. La arena parece chocar contra él.

Kofi Nkrumah enciende una segunda linterna. La sujeta de forma que su luz también incide sobre el polvo negro. El borboteo y la crepitación aumentan.

–Debería empezar ya –dice Kofi.

–¿El qué? –pregunta Vera, pero el químico no responde.

La montañita negra parece calmarse. Denise baja la mano de Meltem del hombro y la sujeta entre las suyas. Nadie dice nada. Es como si la tranquilidad que reina tras el cristal se hubiera transmitido a la tripulación, que observa expectante. Denise se frota los ojos. Centrar la mirada

en un punto de luz, en medio de la oscuridad, le provoca cierto dolor en las sienas.

La luz desaparece de pronto. Un murmullo de sorpresa recorre la habitación. Los haces de luz de las linternas siguen apuntando el mismo sitio, pero ahora solo hay un profundo negro. ¿Qué les está mostrando Nkrumah? Es como si miraran dentro de la nada. No es una sensación agradable, pues esa nada parece atraer a Denise. De pronto, esta se deja llevar por esa atracción, pero Meltem la sujeta.

—¡Cuidado! —susurra Meltem.

Denise intenta fijar la mirada. El interior no es visible, pero sí los bordes, que se aprecian nítidamente recortados. Forman una elipse, un huevo tumbado. Arriba, sobre el huevo, se está formando una elevación que parece un grano molesto sobre esa forma ideal. La elevación crece. Podría tratarse de un humano minúsculo en cuclillas que, ahora, se levanta abriendo los brazos. Su perfil puede reconocerse claramente sobre el fondo iluminado. Sus brazos se alargan. Entre ellos y el cuerpo de ese ser está creciendo materia. La figura se convierte en una mariposa ante los ojos de Denise. De repente, le crecen unas antenas sobre la cabeza, que comienzan a girar en todas direcciones.

La mariposa bate las alas tres veces y entonces se eleva. Un murmullo de sorpresa se extiende por la sala. La mariposa parece haberle pillado el truco y empieza a volar con mayor elegancia dentro del recipiente de ensayo. Se dirige a la fuente de la luz. Cuando llega al punto donde se cruzan los haces de ambas linternas se queda quieta. ¿Estará pensando cuál de las dos elegir? Se decide por la de su derecha. A medida que el haz de luz se torna más fino, la mariposa se mantiene justo en su centro.

Continúa con esa estrategia hasta que el haz es tan delgado que ya no cabe en él. Así que reduce su tamaño. Sus alas se hacen más pequeñas, igual que su cuerpo. So-

lo las antenas conservan su tamaño anterior. Parecen servirle para encontrar el camino. El material restante cae lentamente hacia abajo, a pesar de la falta de gravedad. Puede que sea por la corriente de aire que provocan las alas.

Frente a sus ojos está sucediendo un milagro. Denise lo observa sin respirar. Materia muerta que se transforma con la luz y se alimenta de la fuente de energía que, al parecer, le ha dado la vida.

–Oh –exclama de repente Meltem.

La mariposa se vuelve a convertir en polvo. Debe haber chocado contra el cristal que la separa de la linterna. Dos copos negros, que antes fueron las alas, flotan un instante en el aire antes de convertirse en un fino polvo que se disuelve ante sus ojos como delicados copos de nieve ante la luz del Sol.

–Y eso es todo –dice Kofi.

–Quien tenga ganas de hablar sobre ello, que acuda dentro de media hora a la central –añade Vera.



–¿Qué es lo que hemos visto, Nkrumah? –pregunta Vera.

Kofi Nkrumah, el químico, manipula un aparato con el que parece querer hacerles la presentación. El aparato se le resiste. Denise esperaba que la central estuviera llena. Pero de la tripulación solo ha acudido Strombomboli. Eso coincide con la idea que se había hecho de los mercenarios. Denise observa la escena desde el techo.

–Vale, ya lo tengo –dice Kofi–. Denise, deberías bajar de ahí si quieres ver algo. El proyector usará el techo de pantalla.

Denise se impulsa hacia el suelo, donde queda flotando de espaldas a escasos diez centímetros de distancia. Meltem está a su lado. En el techo aparece una imagen con cierta profundidad. Denise reconoce un cono negro.

Kofi pulsa un regulador en el proyector y el contraste aumenta tanto que Denise logra distinguir todos los detalles.

–Esta es la reacción inicial –explica Kofi, cuando el material empieza a hervir–. En esta fase, cada partícula reacciona por su cuenta.

–¿De dónde sale esa... nada? –inquire Meltem.

–No es que no haya nada –dice Kofi sonriendo–. Pero lo parece, ¿verdad?

Kofi rezuma orgullo y Denise se lo reconoce. Kofi es uno de los pocos tíos de a bordo con los que se puede hablar sobre algo más que fútbol y mujeres. ¿Cómo habrá llegado un químico experto a este grupito de gente?

–Y ¿por qué tiene ese aspecto? –demanda Meltem.

–Buena pregunta. Las partículas en esa zona absorben la luz en un cien por cien. Y ese es el aspecto que podría tener un agujero negro.

–¿Cómo sabemos que no se trata de un agujero negro?

–Ahora lo entenderás, Meltem. Antes visionemos todo el proceso. ¿Veis este bultito? Aquí, las partículas empiezan a cooperar. Supongo que la causa está en la transición entre claridad y oscuridad. Las partículas que hay fuera del cono de luz también quieren recibir algo. La comparación es, sin duda, exagerada. Pero debe haber algún mecanismo por el que perciben que, un poco más allá de donde ellas se encuentran, hay energía disponible.

–¿No habría que tener en cuenta también el movimiento de las partículas? ¿Esa especie de hervor? –pregunta Vera.

–Sí, es una posibilidad, aunque no la única. Todavía no lo he estudiado a fondo.

La grabación continúa y la mariposa bate las alas por primera vez.

–Este es el segundo momento más sorprendente para mí –dice Kofi–. Las partículas cooperan en aras de un fin mayor.

–¿Que sería...? –pregunta Frank Strombomboli.

–Obtener más energía –responde Kofi–. Todas se acercan a la fuente de la luz. Pero, para lograrlo, algunas partículas deben abandonar su posición óptima. Las alas y el cuerpo no están formados solo por una capa atómica. Todas las partículas del lado opuesto a la luz tienen que sacrificarse para ello.

–Seguramente, el resto las abastece –opina Meltem.

–Es posible, pero aún no estoy seguro. Tampoco sé cómo procesan la información esas partículas. Están compuestas por carbono, así que no pueden tener ADN como las células vivas de la Tierra.

–¿Hablas de vida? –pregunta Vera.

–No. Es demasiado pronto para eso. Solo estoy haciendo comparaciones con la vida, tal y como la conocemos en la Tierra. Esta mariposa no cumple las definiciones básicas, es decir, sí las cumple, aunque solo en algunos aspectos.

–Has dicho hace un momento que este era el segundo momento más sorprendente –interviene Denise.

–Buena memoria. Veamos la película hasta el final y luego responderé a tu pregunta.

La mariposa aletea a lo largo del haz de luz hasta golpear contra el cristal.

–¿Qué habría pasado si no hubiera cristal de por medio? –pregunta Vera.

–La comunidad de partículas habría alcanzado la fuente de la luz y formado a su alrededor una capa impenetrable. Ya lo he comprobado.

–Eso no parece muy cooperativo –dice Denise–. Ninguna de las partículas que han quedado atrás recibe energía.

–A primera vista tienes razón. Sin embargo, lo he estudiado con fuentes de luz de distinta intensidad. Cuanto más fuerte es la luz, más grande es la estructura de la mariposa. Eso podría significar que se mueven hacia la fuente

de luz todas las partículas que son necesarias para procesar juntas su energía. El movimiento de la mariposa se optimiza con la suma de absorción energética.

–Pero eso supondría también que todas esas partículas forman un sistema –exclama Vera.

–Exacto. Forman un sistema completo. Os mostraré otra grabación al respecto.

Denise dirige la mirada al techo. Allí aparece de nuevo un cono de polvo negro, luego los haces de luz y, donde se cruzan, se crea la nada. Pero ahora el proceso es distinto. En lugar de una mariposa se forma un objeto más compacto, que le recuerda a un moscardón. Y este también acaba explotando contra el cristal.

–Una variedad impresionante –dice Meltem.

–Pero no por casualidad –afirma Kofi–. ¿Os acordáis de la fase de aceleración de anteayer? La pedí para disponer, durante media hora, de algo parecido a la gravedad en el laboratorio. Y había un tercio de la gravedad terrestre.

–Las células han adaptado su estructura, entonces.

–No son células, siguen siendo partículas. Pero sí, la mariposa no habría alcanzado la fuente de luz bajo esas nuevas condiciones.

–Y ¿qué pasa con una gravedad como la de Anfitrite? –pregunta Denise.

Tras una ligera aceleración, la nave había iniciado una fase de frenado fuerte. En ese momento pensó que el piloto estaba borracho. Ahora ya sabe por qué ocurrió.

–Un segundo –dice Kofi–. Tengo el vídeo por aquí.

El químico se pone a manipular el proyector mientras Strombomboli bosteza.

–Aquí está. Puede que algo os resulte familiar.

Nkrumah tiene razón. En lugar de una mariposa o de un moscardón, lo que se crea es una especie de pequeña serpiente o gusano, que se arrastra hacia la fuente de luz. Denise recuerda de inmediato a las serpientes de Anfitrite.

–Las serpientes de Anfitrite –exclama Frank.

–Exactamente –confirma Kofi–. Creo que las fuerzas de cohesión de las partículas no son suficientes para formar una estructura voladora con una gravedad tan alta. Así que se crea un gusano.

–Y eso, a pesar de que el gusano no puede alcanzar de ninguna manera la fuente de luz –dice Vera.

–Cierto –confirma Kofi–. Pero el gusano se mueve en una posición en la que la luz le alcanza casi en vertical. Con ello, optimiza su intensidad. Volar bajo esa gravedad sería tan difícil que no valdría la pena.

–Entonces, esas primitivas partículas deberían tener un cierto grado de comprensión sobre fuerzas y energías – comenta Vera–. Algo que le falta a mucha gente.

–Interesante conclusión. Aunque no estoy muy seguro de que pueda llegar a confirmarse. Lo que nosotros consideramos conocimiento quizá surge, simplemente, de las circunstancias físicas del entorno.

Nkrumah la impresiona cada vez más. Parece un investigador con mucho talento, por eso le sorprenderle tanto que haya acabado en grupo de mercenarios.

–¿Alguna pregunta? Si no tenéis más dudas, os mostraré la última película.

Nadie dice nada. Strombomboli vuelve a bostezar, pero mira al químico con interés. Será que acaba de tener un turno muy completo.

–Bien –dice Kofi y enciende el proyector.

Ven el final de la primera filmación, pero con otro espectro de color, como si miraran a través de un dispositivo de visión nocturna. La mariposa aletea hasta chocar contra el cristal. Sin embargo, esta vez, no para la filmación. Mientras los restos de la mariposa se distribuyen por el espacio, alguien apaga las dos linternas que iluminaban la escena. Todavía se ve el montículo oscuro, pues la oscuridad no es completa.

–Ahora vemos lo que pasa cuando las partículas se quedan sin fuente de energía –explica Kofi.

–Pero aún hay luz, es decir, sigue habiendo energía disponible –afirma Meltem.

–En efecto. Lo que pasa es que se trata de luz ultravioleta. Las partículas solo pueden extraer energía de fuentes de luz visible o infrarroja –dice Kofi.

La proyección continúa. Las partículas parecen acumularse en el fondo del recipiente de cristal, aunque sigue habiendo ingravidez. Se juntan en una pequeña nube que se va densificando. La cámara hace zoom y Denise puede ver cómo la piel exterior de la nube va recortándose del entorno. Es como si la nube estuviera a punto de dar a luz a un bebé.

–Esto sí que es interesante.

Debe ser el momento sorprendente del que hablaba el químico.

–Espera, espera –dice Kofi.

La forma de la nube ya no está deshilachada, sino claramente delimitada. Posee un determinado número de lados. Pero, cada vez que Denise los cuenta, obtiene un resultado distinto. Es como si las partículas necesitasen tiempo para decidirse. El resultado recuerda, primero, a una típica estructura cristalina de doce lados.

–Un dodecaedro –dice Denise.

–Hmm, no –niega Kofi.

La nube sigue cambiando. En su cara frontal, se forma una especie de techo y los laterales crecen de manera irregular. La forma se asemeja cada vez más a un canto rodado, lavado a lo largo de eones en una playa, donde aún puede reconocerse su origen como un trozo de cristal roto. A Denise ya no se le ocurre un nombre geométrico para ese objeto curioso y tan asimétrico.

La película se detiene y el objeto queda fijo ante ellos.

–¿Alguien reconoce lo que es? –pregunta Kofi.

Todos niegan con la cabeza. El químico sonríe.

–Me habría sorprendido mucho que lo hicierais. Yo mismo he tenido que pensarlo con detenimiento antes de reconocerlo. En un Gömböc.

–¿Un Gombok? ¿Y eso qué es? –inquire Vera.

–Un Gömböc, con dos «ö» y acabado en «c». Es una figura geométrica que solo tiene dos puntos de equilibrio, uno estable y otro inestable. Cualquier otro cuerpo tiene, al menos, cuatro.

–¿Y eso sirve de algo? –se interesa Frank.

–Seguro que conocéis esos muñequitos llamados ‘tentempié’, que siempre se ponen derechos ellos solos, ¿a que sí? –pregunta Kofi–. No son Gömböcs auténticos, porque su masa está distribuida de forma irregular. Pero un Gömböc funciona igual. Es decir, que recuperan automáticamente el equilibrio por sí mismos.

–Pero ¿para qué sirve? –insiste Frank.

–No puedo decir con precisión por qué las partículas forman un Gömböc. Sin embargo, no importa qué fuerzas son las que actúan en este cuerpo, siempre adopta esa posición, de modo que las partículas de las que consta pueden aprovechar la luz de forma óptima. Si los tallos de hierba en la Tierra fueran Gömböcs, no habría tormenta ni lluvia que los doblegara, siempre se pondrían de pie.

–¿Funcionaría eso también con la casas?

–Me temo que no, Frank. Las casas no son homogéneas y constan tanto de espacios vacíos como de muchos otros cuerpos distintos. No se llega muy lejos cuando se intenta construirlas como Gömböcs. Basta con desplazar una silla unos centímetros para que variaran los puntos de equilibrio de toda la casa.

–Serían bastante tambaleantes –comenta Vera–. Pero entiendo que en Anfitrite tenga sentido.

–Creo que son los primeros Gömböcs de generación natural que he descubierto en mi vida –exclama Kofi–. Los matemáticos han dudado, durante mucho tiempo, que pueda existir un cuerpo con solo dos puntos de equilibrio.

–Vale, muy bonito –dice Vera–. Pero ¿todo esto nos sirve de algo?

–Esta peculiar cualidad, no.

–Bien. Entonces céntrate en encontrar cualidades más útiles en las partículas de Anfitrite. Tenemos que llevarle a nuestro cliente algo de valor. Y, naturalmente, la tripulación recibirá una considerable paga extra.



Denise está a punto de dormirse, cuando la despierta un mensaje por el intercomunicador.

–¡Atención, atención, todo el mundo preparado para iniciar fase de aceleración! Arranque de motores en quince minutos.

¿No les había dicho Vera que en los tanques no hay ya suficiente masa de apoyo para volver con mayor rapidez a casa? Ya está soñando de nuevo con la Tierra. ¿O será Kofi, que quiere hacer más experimentos bajo gravedad? Denise se levanta. Tiene que recoger su cabina; no importa ahora la causa del arranque de los motores.

El comunicador junto a su cama se activa de nuevo. Es Meltem. Ocupa la habitación de al lado. ¿Por qué no vendrá directamente?

–Aceptar llamada –ordena Denise.

Flota a la taquilla. Allí siguen colgando las cosas de Cichevski, que murió en Anfitrite. No tiene ánimo para tirar la ropa del mercenario y ha colgado sus pocas pertenencias justo a su lado.

–La Holandés Errante acelera –dice Meltem.

–Lo he oído. ¿Por qué no vienes? Así podremos charlar un rato. Es más divertido.

–Tengo cosas en que pensar, y eso prefiero hacerlo sola –reconoce Meltem.

–Lo sé.

A su amiga le gusta disfrutar de su propio espacio con frecuencia. Denise se lo tomaba al principio como un rechazo, pero ya se ha acostumbrado.

–Solo te llamo por el tema de la fase de aceleración – dice Meltem–. Vera no lo ha hecho oficial, pero no volamos a la Tierra. Al menos, todavía no. Pararemos en Héctor para repostar y luego daremos media vuelta. El cliente debe estar tan entusiasmado con los resultados de las partículas de Anfitrite, que nuestra nueva capitana tendrá que llenar todos los almacenes con eso. Oficialmente, se trata de recuperar a Yuri e Irina. Por el supuesto intento de asesinato, ya sabes.

–¿Por qué no lo hace público Vera?

–No quiere estropear el ambiente para los hombres.

–En algún momento se verá obligada a hacerlo.

–Pero no es asunto nuestro, Denise.

–¿Y tú cómo lo sabes?

Un halo de celos se extiende por su cuero cabelludo. Denise sacude enérgicamente la cabeza. No necesita cosas así.

–Se lo he preguntado a Vera y me ha respondido.

–Tenemos que avisar a Yuri e Irina. No esperan visita hasta dentro de un año. Si damos la vuelta en Héctor, llegaremos a Anfitrite en junio.

–En mayo. Acuérdate de que el planeta viene hacia nosotros.

–Pues peor aún.

–Esa es una de las cosas en las que tengo que pensar –dice Meltem–. Tenemos que encontrar una forma de advertirles, pero de forma que no se percate nadie. Vera no debe saber que les hemos advertido. Debe seguir creyendo que los pueden sorprender. Con la antelación suficiente, Yuri e Irina quizá podría escenificar su propia muerte.

Denise espera que aún sigan vivos. Anfitrite es un lugar peligroso, como han podido constatar en su breve excursión.

sión. Sus dos amigos llevan ahora más de un mes allí solos.

–Eso estaría bien –dice Denise.

–Para ello tengo que conseguir que Vera se fíe de mí. ¿Lo entiendes?

–¿A qué te refieres, Meltem?

–Quizá paso una noche con ella, pero no quiero que te enfades por ello.

–Haz lo que tengas que hacer. Pero no quiero saberlo.

–Entiendo. Gracias.

–No sé qué hay que agradecer aquí. Piensa mejor en cómo podemos acceder a la radio sin que nadie pueda saber quién ha sido.

–Lo haré, Denise.

–Hasta luego.

Denise cierra el armario de un portazo. Ahora hasta se cabrea y todo, y el movimiento la impulsa por la minúscula cabina.

–Arranque de propulsores en cinco minutos –anuncia Vera.

Mira a su alrededor. No hay nada suelto. Denise se tumba en su cama y se abrocha el cinturón. Dormir con gravedad es bastante más agradable que en la ingravidez. Ya se le está pasando el mal humor.